

A GARCILASO DE LA VEGA

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ BÚRDALO

Tras mostrar mi gratitud a la Academia, en la persona de su Director, por invitarme al acto y primera lectura de mis poemas en Toledo, comencé por el poema titulado «Sobre la luz rota», perteneciente al libro *Del perfil opaco de los pasos* (1991), texto biográfico, inspirado en una petición de limosna de un joven mendigo.

Seguí con el poema titulado «En la vaga región de mi cuidado», del libro *Ciudad sin labios* (1993). Dado que el acto se dedicaba al poeta Juan Antonio Villacañas, excelente sonetista, leí en su memoria el soneto «La memoria, el olvido», del libro *Cartografías* (2002). Finalicé con el poema «El alba», también del libro *Del perfil opaco de los pasos*, texto sobre el que adelanté una reflexión sobre el alcance metafórico que el alba significaba en el poema.

SOBRE LA LUZ ROTA

He visto una pedrada de tristeza
en el charco oscuro de tus ojos,
sobre la luz rota de tus pocos años.
Y no sé cómo llamarte, pequeño pordiosero.
No sé cómo decirte: ven,
acércate muchacho, no te vayas.
Mas procura ser cauto;
que nadie advierta mi temblor,
este golpe de ternura y de pesar
que me asesta tu mirada.

Pero acércate.

No te vayas sin dejarme el alivio
de arrancar estas monedas que me arden.
Acércate muchacho
y cumple tu trabajo con premura.
¿Acaso no te dice la experiencia
que tu morena delgadez me turba,
que tu gesto de perro callejero
me hace pasar un mal rato?
Acércate muchacho,
que la máscara se mueve,
que se empieza a notar el maquillaje
y estoy por volver la mano al pantalón
hasta el próximo zarpazo de vergüenza.

EN LA VAGA REGIÓN DE MI CUIDADO

... la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano...

Antonio Machado

Desde una mirada te persigo
para decirte que aún palpo la quimera
en los verbos de sentirse enamorado;
que me subo a los tejados de la tarde
buscando de una niña el horizonte,
que amo sus trenzas de cristal
que sostienen mi derrumbe por la vida;
que me escapo de los cálices feroces
y octubre me pesa en lo más tibio;
que sigo temeroso de las tapias,
en vigilia de ternura;

que a pesar del invierno amo los cauces
donde el trébol y tu aliento me rendían:
que transito el desván de las edades
y buceo en mi escombrera una esperanza.
Así busco primavera en los retratos
y me duele su orfandad de cartulina;
así enviudo, inexorable y sucesivo,
de un sueño tatuado en cuatro labios;
así, pavesa de una luz perdida,
surco hondísimo de la ausencia toda,
desde una mirada te persigo
para decirte que aún guardo de aquel vuelo,
que frecuento el lugar de la cometa
y te busco en el rumor de las palmeras;
recordarte cuando el viento de la sangre
relataba en la piel su partitura;
que preparo en miel y mimbres los otoños,
que sigo centinela de aquel sueño,
que salgas y mires las estrellas.

Afuera suena dulce el mar.

LA MEMORIA, EL OLVIDO

Fue sueño ayer, mañana será tierra:
Poco antes nada, y poco después humo
Francisco de Quevedo

Herido el cobre que la tarde apura,
convienen su ceniza y mi destino;
sumisa va la luz y me avecino
de mí lejano, sombra que procura
hurtarle un diezmo azul a la hermosura
que en polvo ha de cumplir. Mi vez termino
sin quemarme la sed que peregrino
ni el beso oscuro de la quemadura.

Camino y soledad por mí deciden,
y siento que mis ojos se despiden
del mundo. De una luz bebo ya usada
que empapa, vieja, el corazón de un sueño,
y muero el labio que soñara dueño
de un cuerpo que abrazar de madrugada.

EL ALBA

Vendrá el alba.
Aguardaremos su luz
con brazos de alameda tendida,
miembros de abrazar crecidos para el beso;
aguardaremos con brazos más largos
que el adiós o las tardes,

Vendrá el alba;
abrirá manantiales nuevamente,
y otra vez,
 prendida a su cintura,
luz que pone oficio al día,
música del sitio del corazón.

Vendrá el alba.
Una alondra que abre la mañana
nos dirá que afuera de sus alas,
afuera de los ojos nuestros
es verdad la yerba,
y la ternura es verdad,
y aquel sueño a la puerta del silencio
es verdad.

Vendrá el alba;
abrirá manantiales nuevamente,
traerá plata de invisibles estrellas:
su luz del otro lado;
traerá su baúl para quedarse, para vivirmos.
 Entonces,
dejaremos que la lluvia nos empape
sin preocuparnos el surco del pecho.